Al distinguido novelista
D. José M. Mathieu
su aff.mo
[illegible]

VERDADES POÉTICAS

MELCHOR DE PALAU

C. DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

VERDADES

POÉTICAS

Tercera edición aumentada é ilustrada

CON PRÓLOGO DE

DON JOSÉ R. CARRACIDO

DE

la Real Academia de Ciencias Exactas,
Físicas y Naturales.

La Poésie devient sacrée par la Science
comme elle le fut jadis par la Fable.
LAMARTINE.



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS

Calle de Juan Bravo, núm. 5.

1890



PRÓLOGO

Debo confesar al lector, aun mortificando mi amor propio, que largo tiempo he tenido las cuartillas delante y la pluma en suspenso esperando que se me ocurriera algo oportuno para trasladarlo á ellas. En el proceso de mis ideas, todas se evaporaban rápidamente, sin presentarse una sola que por su mayor consistencia fijase mi atención para fecundarla y desarrollarla mediante el empleo de los elementos lógicos del discurso.

Hablar del mérito de las *Poesías* de don Melchor de Palau, es propósito que algo me repugna habiendo de alabarle cara á cara en su propio libro; y además, ¿no es cándido recomendar con elogio lo que se pone ante los ojos del mundo para que cada cual juzgue con propio criterio la obra presentada? Si ésta gusta, huelga la recomendación, por-

que, prescindiendo del anuncio, todos irán derechamente á saborear las bellezas positivas del libro; pero si al público no le sienta bien, éste ejercerá su soberanía, y, como dijo Cervantes al dedicar las *Novelas Ejemplares* al Conde de Lemos, "aunque le ponga debajo de las alas del hipógrifo de Astolfo, y á la sombra de la clava de Hércules, no dejarán los Zoilos, los Zínicos, los Aretinos y los Bernias de darse un filo en su vituperio, sin guardar respeto á nadie."

Dando de mano al mérito del libro, queda otro recurso más noble y trascendental: ejercer de crítico, no con la severidad y acritud de quien rebusca y escudriña incongruencias de concepto y desaliños de forma, sino con la serena reflexión impulsora de aquel espíritu investigador que, no satisfaciéndose con exterioridades, aspira á penetrar en lo íntimo de las cosas para sorprender la razón determinante de la múltiple variedad de las manifestaciones y elevarse en último término al conocimiento del principio generador para extirparlo ó vigorizarlo, según el concepto formado del mérito y trascendencia de sus frutos. En la Poesía, como en toda obra artística, por mucho que el espíritu medite, desde el instante genial de la concepción hasta los últimos pormenores de su efectividad plástica, hay siempre gran cantidad de trabajo inconsciente, la cual justifica la intervención de la crítica razonada y científica, que debe poner á descubierto el proceso psíquico en la total riqueza de sus detalles, velado en parte á la mirada

del artista por los resplandores de la inspiración que, como los del sol, no permiten contemplar el foco de donde irradian si antes no se atenúan con los vidrios ahumados de la Crítica; pero el artista jamás se someterá á examinar sus obras á la luz tranquila de estas gafas obscuras. Por esta razón los devotos fervorosísimos no toleran la discusión de sus creencias, y en cambio, los que se consagran á tareas exegéticas siempre fueron acusados de incredulidad; y ¿qué devoto podría compararse con el poeta en entusiasmo por los hijos de su fantasía?

Este filón tan fácilmente explotable para extraer de sus entrañas el asunto del prólogo, en el caso presente, lo encuentro bastante agotado, porque el Sr. Palau, anticipándose á la Crítica, y quizá para demostrar que el nuevo género de las *Verdades poéticas* estrecha la zona de lo inconsciente, ha escrito la *Oda-prólogo,* en la cual revela el que, en su sentir, será ideal futuro de la Poesía, expresándolo por modo tan admirable, que la novedad de la composición y la grandeza de la alegoría no sorprenden menos que las atrevidas ideas estéticas que alumbran la sublime escena del consorcio de la Ciencia y de la Poesía, nuevas nupcias de Apolo y Minerva, las cuales se celebran concurriendo cada esposo con su dote para vivir por siempre en íntima solidaridad, pero sin confundir sus respectivas personalidades. Al sentar las bases de esta unión definitiva, la Ciencia indica á su compañera el reparto de las peculiares faenas del modo siguiente:

Tú serás la intuición, yo el raciocinio,
tú la meta lejana, yo el atleta
que al fin la alcanza á su fatiga en premio;
tú la hipótesis, lampo fulguroso,
yo el caminante que en obscura noche
busca á su luz la suspirada senda.

Asócianse en esta poesía, á la profundidad de la idea, tantos alardes de arrogancia, que en sus versos centellean, como en las vibraciones de una espada, las rudas acometidas á los tradicionales representantes de los tropos mentirosos y de las ficciones mitólogicas.

Cuando dice el Sr. Palau

¡á qué pedir belleza á la mentira
si en campos de verdad brota espontánea!

creo percibir un reproche de debilidad dirigido á García de Tassara en aquellas horas en que, *Leyendo á Horacio,* dejaba escapar, en medio de su entusiasmo por el gran tirano de los refinamientos literarios, esta sincera confesión:

.....Empero yo adivino
cuando el halago de tu ritmo siento,
más que el placer, su amable hipocresía.

Como Fr. Luis de León cantó las dulzuras de la vida solitaria limpia de las farsas mundanas, ensalza el Sr. Palau las realidades científicas como fuente de aguas más sabrosas para beber la inspiración poética, no tolerando su conciencia el maridaje del error con la fantasía. Sólo la verdad y sus lógicos presentimientos, aunque sean vagos é infor-

mes, deben aquietar el espíritu cuando se enciende en el fuego purificador del entusiasmo y el torrente de la pasión, como río fecundante, se extiende sobre las facultades del espíritu fertilizándolas con su poderoso estímulo.

A pesar de todo lo expuesto, desea el señor Palau que le formule mi juicio acerca de la significación del género literario tan brillantemente iniciado por las *Verdades poéticas,* para que preceda á nueva edición de sus composiciones predilectas, y estimando como señalada honra haberme elegido, me apresuro á complacerle, aun con la desventaja de repetir en prosa lo que el autor ha dicho en hermosos versos. Este trabajo representa una desviación casi ilegal de mis habituales ocupaciones; pero es uno de los caracteres de la humana flaqueza ilusionarse extraordinariamente con aquello que exige en alto grado las cualidades que menos se poseen, y por no saber vencerme, halagado por selección tan cariñosa como equivocada, me veo en este angustioso trance.

Ninguna producción del espíritu es más individual, más peculiar de la mente que la concibe, que la Poesía, y por esto los poetas son tan celosos de sus obras: tienen de ellas toda la paternidad. Los frutos de la Ciencia siempre brotan como resultado de esfuerzo colectivo, hasta el punto de que aun quien suscriba grandes inventos, siempre habrá de considerarse como *el menor padre de todos* respecto á la total realización de su obra.

Dedúcese de este carácter personalísimo de la Poesía, que apenas existe libertad en el poeta para elegir asunto: siempre cantará lo que surja ante sus ojos hermoso y fascinador, desarrollado en obscura gestación allá en los senos de su espíritu con la misteriosa complicidad de sus aptitudes naturales y de las influencias experimentadas en el curso de su vida.

Don Melchor de Palau ha escrito *Cantares,* muchos de los cuales figuran ya en la gran masa de los del pueblo; pero su nota individual la constituyen las *Verdades poéticas,* y, á despecho de todas las críticas, su espíritu en la escena del mundo siempre vibrará como arpa eólica con sonido más intenso ante los grandes hechos científicos poéticamente imaginados. No seré yo ciertamente quien le aconseje otros rumbos.

En el terreno literario, ¿qué significan las *Verdades poéticas?* ¿Son genialidades pasajeras de un espíritu extravagante, ó la presentación de nuevos ideales que, empujados por la gran ola democrática, reclaman para el saber científico su derecho á los esplendores de la fantasía y á las galas métricas? Tal es el dilema que, en mi sentir, suscita la lectura del libro del Sr. Palau.

Tengo por indudable que siempre será asunto predilecto de la Poesía las grandes pasiones del espíritu, no sólo aquellas que pueden sentir todos los hombres, sea cualquiera el grado de su cultura, sino las peculiares de las almas superiores nacidas de los generosos anhelos de un exquisito refina-

miento ideal: toda la escala de los afanes humanos, desde las sacudidas carnales del mancebo rudamente enamorado y los éxtasis y desmayos del místico, hasta los arranques escépticos que atormentan á Fausto en medio de su impotencia metafísica, en suma, el inmenso ciclo épico de los goces y penas, amores y odios, exaltaciones y abatimientos que á destajo colaboran en la vida afectiva de la humanidad, siempre resonarán en la lira del poeta, arrancándole sus notas más conmovedoras. Pero el horizonte de la poesía no termina en el punto en que deja de escucharse el grito de las pasiones humanas; más allá de estos círculos dantescos extiéndese el espíritu contemplativo, y ante el deslumbrador proteísmo de la naturaleza creadora, infatigable en las espléndidas variaciones de su panorama, la fantasía se exalta, y aspira á reproducir el objeto de sus impresiones buscando en las frases la transparencia de las aguas, que reflejan con primorosa nitidez los árboles de sus orillas.

En el flujo y reflujo del movimiento psíquico, enamorado el espíritu de su propia obra y considerándola como nueva creación, suele olvidarse de la realidad original, y engolfándose en la tarea de sus alegóricas representaciones, no se da reposo en poblar el mundo de seres y conceptos fantásticos, con grave daño del entendimiento, que, aleccionado por la ficción, olvida la verdad y fomenta el germen de todas las idolatrías, adorando el símbolo con menosprecio del objeto simbolizado. En los primeros momen-

tos de esta transgresión de los sanos preceptos lógicos, no desdecían del estado de cultura de aquellas infantiles sociedades las creaciones mitológicas, y la belleza estética era mérito suficiente para absolver á los autores del pecado venial de prefigurar la Naturaleza á su antojo por exigencias poéticas; pero que persista en nuestro tiempo procedimiento tan primitivo por no romper con la tradición erudita de las literaturas clásicas, ya es pecado mortal, y además ridículo anacronismo, incompatible con el estado actual del espíritu humano. Quien se empeñe en sostener tan absurda supervivencia, como justo castigo de tales errores, tendrá que huir lejos de sus contemporáneos, y en su aislamiento exclamar:

La indiferencia me atosiga el alma,
todos me infligen dolorosa muerte,
la más tirana que pudieran darme:
la del desprecio.

Por desgracia las cadenas de la tradición aun oprimen con demasiada fuerza al espíritu poético de nuestro siglo, reteniéndolo cerca de los libros de antiguo venerados por la imitación; pero esta esclavitud cada día es más insostenible, y las nuevas ideas, surgidas por impulso de las portentosas investigaciones científicas, demandan con urgencia espíritus independientes que secunden en la esfera del arte su movimiento regenerador, para que el progreso intelectual y afectivo se realice en fecundo consorcio, nutriéndose con una misma sangre las ideas y

los sentimientos para ayudar sin retraso al hombre en su exodo hacia la tierra de promisión de la Verdad.

Las composiciones de D. Melchor de Palau intituladas *A la Geología*, *El Rayo*, *Al Polo Artico* y sus análogas no son toques de atención dirigidos á los combatientes de las nuevas lides poéticas: son gloriosas jornadas, en que patentiza con el difícil pero decisivo recurso del ejemplo la posibilidad de transformar los viejos moldes poéticos para vaciar en ellos el metal candente de los nuevos problemas científicos. Sus obras reunen belleza y solidez, porque están fundidas con los elementos positivos del saber, y en su progresiva perfección jamás las mentiras convencionales podrán interrumpir al poeta para confesar la esterilidad de los agotados recursos con aquella frase tan sabida: "¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza!„

Creo firmemente que la iniciativa tomada por D. Melchor de Palau es fecunda y trascendental, porque responde á las exigencias de nuestro tiempo, unificando todas las manifestaciones del espíritu sobre los inconmovibles cimientos de los hechos, conocidos por observación é investigados por experiencia.

Abandonen su último baluarte esos tenaces defensores del *magister dixit* que, obcecados por arcaicos escrúpulos, se escandalizan de todo neologismo, que mancha el armiño de nuestra tradición literaria, y agotan sus fuerzas intelectuales en rebuscar minucias

de sintaxis y detalles prosódicos, sin fijarse en que los maestros del siglo de oro de nuestras letras *fueron revolucionarios,* y que si hoy vivieran serían los primeros en condenar los trabajos rastreros de quienes se dicen sus secuaces. Sepúltense en las capas formadas por el sedimento histórico los fósiles de la poética clásica, y no disputen el derecho á la vida de los nuevos organismos que por ley de evolución responden con sus formas y tendencias al medio generador, en que han de nutrirse y desarrollarse para no quedar rezagados en el cumplimiento de su misión, conforme al lugar que ocupen en el proceso evolutivo. Bien haya D. Melchor de Palau por haber desvinculado la poesía de las añejas tradiciones, para que libremente pueda adaptarse á las realidades positivas que hoy informan nuestro espíritu en la multiplicidad de sus manifestaciones. Que el valiente innovador no desmaye en su obra de edificar la fantasía con las enseñanzas de la verdad científica, y que este impulso regenerador de la vida literaria tenga la resonancia que merece la bondad de la causa.

José R. Carracido.



LA POESÍA Y LA CIENCIA

ODA-PRÓLOGO

Muda la lira en la indolente mano;
desceñida la túnica; en el aire
la flotante abundosa cabellera,
que ya no logra sujetar el mustio
laurel de Dafne, sube la *Poesía*
á paso lento el Léucade riscoso;
buscando va la muerte que halló un tiempo
de Mitylene la poetisa augusta:
breve instante reposa; atrás contempla
y ve razas y pueblos sucederse,
por doquiera se mira reflejada,
siempre su luz iluminando el cuadro;
jovial sonrisa en las alegres fiestas,

lágrima dulce en las luctuosas horas;
mira lo porvenir, lo ve sombrío,
y prosigue el sendero; al ardua cumbre
llega por fin; las aguas acaricia
con su mirada virginal, y lanza
á los vientos su canto postrimero:

«Sacerdotisa de la cipria Diosa;
eolia Musa, de celeste numen;
cantora de Eros; en amor maestra;
mísera Safo.

Faón un día desoyó tus versos;
esquivó el beso de tu labio ardiente,
y tú orgullosa demandaste al onda
tumba y olvido.

También hoy vengo á que la diva Tetis
cabe tu cuerpo reposar me deje;
también el mundo mi canción desoye,
huye mi halago.

Las sacras aras, donde yo oficiaba,
por tierra yacen en pedazos rotas;
ya de Himeneo á celebrar las fiestas
nadie me invita.

Ya se ha secado la Castalia fuente;
de abierta concha ya no surge Venus:
ávido el hombre, sólo en ellas busca
nítidas perlas.

Ya al cielo no arrebata Prometeo
la luz y el fuego que doquiera brotan;
y, en vez de ondinas, codiciosos buzos
surcan las aguas.

Ya la nereida en el suspenso río,
que el cauce deja para dar impulso
á la rodante maquinaria activa,
morar no puede.

El dios Cupido, sin vendar los ojos,
con oro trata de llenar su aljaba,
para rendir el corazón humano
única flecha.

Los altos bosques la segur abate,
para abrir campo á la ferrada vía;
ya del Dios Pan reemplaza al caramillo,
silbo estridente.

Nuevo Pegaso por los aires vuela,
y gañán torpe de pelambre hirsuta
mora en la choza que habitó el melífluo
pastor de Arcadia.

Cayó el castillo que albergara al bardo,
el son perdióse de la blanda guzla;
para escucharle, al ajimez morisco
ya nadie asoma.

Dejó el querub la sideral vivienda,
que el anteojo escrutador invade,
y hacia otros cielos dirigió las alas,
lejos, muy lejos.

La gran corriente, que convierte en ruina
lo que delicia de las gentes era,
mantos no arrastra de fecundo limo,
do broten flores.

Nada vislumbro que á cantar me incite
en este siglo para mí en tinieblas;
cuando la noche su negrura extiende
callan las aves.

La indiferencia me atosiga el alma,
todos me infligen dolorosa muerte,
la más tirana que pudieran darme:
la del desprecio.

Por eso anhelo que las aguas sean
blando Leteo á mi mortal angustia;
acudo á ellas, si cual tú sentida,
cual tú celosa.

Mas ¡cuán distintos los adversos hados!
en torno tuyo, en armonioso coro,
las condolidas por tu suerte infausta,
hijas de Lesbos.

En torno mío soledad penosa,
y á allá á lo lejos zumbador murmullo
que, en su fatiga, forma inquieto el siglo
que me rechaza.

Y tú, Anfitrite, que en la mar dominas,
acoge pía mi anhelante queja:
á mi contacto, las voraces ondas
abre, te ruego.

No quiero, no, que con sarcasmo el mundo
prorrumpa al verme abandonada y triste:
« esa que veis de túnica harapienta
fué la Poesía. »

Un suspiro lanzaron de consuno
ella y la lira; al agua abalanzóse,
cuando — Detente y mi palabra escucha —
con voz entre imperiosa y suplicante,
gentil matrona de gallardo aspecto
dijo, tendiendo los desnudos brazos.
— Diosa ó mortal, ¿quién eres que retardas
el cumplimiento de marcado sino?
— Tu compañera soy, yo soy la *Ciencia.*
— ¡ Minerva tú ! ¿ Dó el casco refulgente ?
¿ Dó la heridora lanza y el escudo?
— No soy la diosa que brotó con armas
de la frente de Júpiter Tonante;
yo nací del cerebro de los sabios,
en nocturnas vigilias engendrada;
si al mar quieres bajar, baja conmigo,
mas no rompiendo las cerúleas ondas,
sino en *ictíneo* previsor, que encierra
vital aliento en reducido espacio,
y una vez agotado lo fabrica;

allí las penatulas luminosas;
las estrellas de mar en copia inmensa;
el pez-luna asomando en lontananza;
la nublosa fosfórea superficie
y del torpedo los mortales rayos,
te mostrarán que en las verdosas aguas,
do los astros nocturnos se reflejan,
existe un duplicado firmamento,
objeto digno á tu sonante lira.
Contemplarás los peces plateados
en los ramajes del coral posarse,
las conchas que á la mar las sales roban
para hacer nido á las variadas perlas;
las medusas viajando en las corrientes;
las sinuosas oceánicas honduras
corresponderse en armonioso ritmo
con las cadenas de los altos montes,
que con nubes completan su tocado;
el argonauta audaz que enseñó al hombre
el arte de nadar; la hidra asombrosa
que la de Lerma por modelo tuvo;
las islas madrepóricas formarse;
y escucharás los peces cantadores
que tomaste por lúbricas sirenas.
Pasto hallará tu inspiración sublime

doquier que vuelvas los ansiosos ojos;
Colón descubrió un mundo al otro lado,
otro resta en el fondo de las aguas.
Dejando el regio alcázar de Neptuno,
del orbe seguir puedes la raigambre,
y el Nilo allí explorar de la existencia,
hasta su ignoto origen remontando.
Merced al telescopio, el alto cielo
conmigo escalarás; ebrias de gozo,
de los planetas de la tierra hermanos
el hálito vital aspiraremos,
y, cruzando su atmósfera tranquila,
el pie descansaremos breve instante,
atraídas, aun más que por su masa,
por el fuerte poder de su hermosura.
Tu mirada sutil, si desparecen
á mi soplo las brumas, ¡cuántos, cuántos
verá surgir lumbrosos horizontes!
¿Qué vale el cielo cuya ausencia lloras,
manto azul que de estrellas salpicado
formaba el techo de la tienda humana,
en parangón con el que allí descubras,
etéreo mar sin fondo ni riberas,
donde flotan los soles á porfía,
y en el que es nuestro globo un diminuto

grano de opaca arena? En moldes nuevos
vaciar debes tus obras inmortales;
con hilos del telégrafo reemplaza
las ya insonoras cuerdas del salterio.
Canta la selección de aves y flores [1],
que es un himno entonar á la belleza,
copiosa fuente de vital progreso,
fecunda ley que hasta el reptil acata.
Comienza la epopeya del trabajo,
que, á Dios alzando vaporoso incienso,
las montañas enrasa con los valles,
los cauces alínea tortüosos,
y da á beber al arenal enjuto.
Canta el hombre, luciérnaga rastrera
que con el fuego de su mente alumbra,
y á cumplir nace las arcanas leyes
de mejorarse, mejorando el mundo [2].
De la Ciencia los mártires ensalza;
hora es ya que sus cuerpos venerandos
dejen las catacumbas del olvido.
Canta la edad de piedra y la del hierro;
las embrionarias nebulosas canta;
canta el beso reciente de dos mares;
de los espacios convertida en buzo,
sondea sus prodigios; canta el verbo

por haces luminosos transportado;
la vida amamantándose en la muerte;
del piélago y la luna los amores;
el horrible tardío nacimiento
del Pirene y del Alpe; los suspiros
de lava incandescente; el nuevo coro
que en su labor las máquinas entonan;
la materia radiante que hace gala
del nervioso poder de cuarto estado (3);
los núcleos de infusorios tan temibles
como un día los fieros mastodontes (4);
canta el vapor que absorbe las distancias;
el fonógrafo canta, que eterniza
los ecos de amorosos juramentos;
canta el sol que á los prismas espectrales
ha confiado el secreto de su esencia;
de los átomos canta el oleaje;
y el progreso que lento peregrina,
quizá influído en su triunfal carrera
por las térreo-magnéticas corrientes,
que palpitante brújula señala (5).
En olvido no pongas á esos hombres
herederos del don de los milagros,
Edison y Graham-Bell; ni al Padre Secchi,
que en el cielo vivió desde la tierra,

y hoy en la tierra vive desde el cielo:
á Nordenskjold y á Livingstone no olvides,
que sólo por mi amor han recorrido
del Polo Norte la cabeza cana
y el virgen corazón de África ardiente.

Yo de tí necesito, amada mía,
como la flor los plácidos colores
para atraer la vaga mariposa,
que, entre el polvillo de sus tenues alas,
lleve á otra flor el polen fecundante.
Tú endulzarás mis horas de amargura,
cual del pueblo de Dios el cautiverio;
tú cubrirás mi desnudez austera
con tus leves cendales, que embellecen,
mal velando, los mórbidos contornos;
alados nacerán mis pensamientos;
encenderás la ardiente fantasía,
telescopio del sabio en cuyas sienes
pondrás el lauro que tus manos tejan,
y, envuelto en los fulgores de tu nimbo,
ascenderá á la cumbre de la gloria.
Ya la Industria y el Arte se enlazaron,
presto sigamos tan fecundo ejemplo:
yo seré la materia, tú el espíritu;

yo el fuego, tú la luz que de él emana;
yo el análisis frío, tú la síntesis
que con las flores bellas forma el ramo;
yo la roca, tú el águila que afirma
la planta en ella al remontarse al cielo;
yo la raíz y el tronco, tú las ramas
do posen las canoras avecillas.
Tú serás la intuición, yo el raciocinio;
tú la meta lejana, yo el atleta
que al fin la alcanza á su fatiga en premio;
tú la hipótesis, lampo fulguroso (6),
yo el caminante que en obscura noche
busca á su luz la suspirada senda.
Cual dos abejas en verjel ameno,
aunadas volaremos, con hartura
libando sus dulzores virginales,
para una miel labrar muy más sabrosa
que la de Himeto, hasta á los Dioses grata.
Los ídolos, por tierra derribados,
que formaron tus juegos infantiles,
consérvalos en clásico museo
pero no en el altar; no los invoques,
y parcamente á su consejo acude;
¡á qué pedir belleza á la mentira
si en campos de verdad brota espontánea!

si esos mundos que miras rutilantes
son granos de semilla, que contienen
la balsámica flor de la hermosura,
si el cometa fugaz, y el rayo inquieto,
y el arco iris, y la láctea vía,
renglones son del inmortal poema
que, festejando la creación naciente,
escribió Dios en el inmenso espacio,
y que ya deletrear consigue el hombre.

Calló la *Ciencia;* con intenso anhelo
arrojóse en sus brazos la *Poesía,*
y, un ósculo al cambiarse cariñoso,
la lira muda en la indolente mano,
á sonar comenzó, cual arpa eolia
del verde ramo de un laurel colgada.





A LA GEOLOGÍA

Á mi profesor el distinguido ingeniero

D. ROGELIO DE INCHAURRANDIETA

ODA

Ábreme, Tierra, las profundas hojas
que muestran de tu vida los afanes,
y, nuevamente, las antorchas rojas
enciende de tus hórridos volcanes;
que, á su luz, quiero recorrer tu historia,
cantar tus hechos, ensalzar tu gloria.

¡Cuántos siglos y siglos han pasado
en que sólo la bárbara codicia
abrió tu seno, de metal preñado!
¡Cuántos siglos, de un polo al otro polo,

indiferente el hombre,
pedestal suyo te creyó tan sólo!
Bien comprendo la pena que sufriste
cuando á los sabios viste
rasgar el velo azul del firmamento,
astros y soles reducir á cuento,
y, desprendidos de tus dulces brazos,
de otros planetas estudiar los lazos,
y perseguir el vago movimiento.
Dolióte ver á tus ansiosos hijos
en otros mundos los anhelos fijos;
pero tú, como madre cariñosa,
perdonaste su amante desvarío,
y, llorando á tus solas su desvío,
hacinabas prudente y afanosa
preciosos materiales para el día
en que viera la luz la *Geología:*
y aquel día llegó; por fin el sabio
bajó hacia el suelo los alzados ojos,
reemplazó la piqueta al astrolabio,
y removió tus fósiles despojos.
Y él, que del primer libro
buscara ansioso la edición primera,
miró impresas con hondos caracteres
las formas primitivas de los seres

que á Dios plugo lanzar á nuestra esfera.
  Con sorpresas crecientes,
á la luz de la ciencia,
en sobrepuestas losas funerarias
descubrió la existencia
de ya perdidas razas embrionarias,
y de razas que aun están presentes:
vió en tus hondas heridas
el paso de unas vidas á otras vidas,
y te abarcó en conjunto,
desde el sublime punto
en que Dios te llamó con voz de trueno,
y el caos arrojóte de su seno.

  Lloraste ya al nacer, ¡quién no ha llorado!
tus lágrimas copiosas desprendidas
el monte abandonaron por el llano,
y, en los cóncavos senos recogidas,
rellenaron el férvido Oceano:
flotó en la nada tu gigante cuna,
la gravedad colgóte en el espacio,
pabellones de nácar y topacio
te dió el sol en las gasas de sus nieblas,
y, rasgando las lóbregas tinieblas,
para tus noches encendió la luna.

La materia candente
se enfrió de las aguas al contacto,
como el dolor que siente
del llanto amigo silencioso tacto;
formada la película primera
sintió del fuego el ardoroso brío,
y á ondular comenzó, de igual manera
que las mieses ondulan en estío;
pero vencido y encerrado luego
por nuevas capas el hirviente fuego,
desahogó su furor lanzando al alto
columnas mil de lava y de basalto:
Como sencilla virgen ruborosa,
al vislumbrar el sol entre celajes,
con florecientes y verdosos trajes
cubrió su desnudez la tierra hermosa;
y, mientras las erráticas estrellas
la ley fijaban de sus claras huellas,
arrebatando al iris los colores,
pintó *la Flora* sus primeras flores:
la Fauna apareció; vida rastrera
tuvieron los primeros moradores,
que terminó en el cieno;
el aire impuro, irrespirable era,
y nunca vieron *el azul sereno:*

no bastó de las conchas la defensa
de los arrastres á evitar la ofensa;
y en pétreas fosas yacen,
que ni al golpe del hierro se deshacen:
el sabio, al ascender de prole en prole,
dió con la de hulla portentosa mole,
profeta de la industria de estos días,
y al vislumbrar plausibles armonías
entre aquel mineral y nuestra fragua,
y estudiar de su enlace la potencia,
bendijo á la divina Providencia
que antes de darnos sed, diónos el agua.
  En obscuras cavernas hacinados
animales halló tan asombrosos,
que, aunque muertos están y destrozados,
ponen miedo en los pechos animosos:
aves que al sol lucieron sendas galas,
que, en rastreante vuelo,
recorrían el suelo,
y que de piedra tienen hoy las alas:
sepultos en el lodo,
los escualos y saurios devorantes,
los mamutes gigantes,
que de rehacer la Ciencia encuentra modo;
razas que un día el orbe dominaron,

y, por fortuna, á no volver pasaron:
tan sólo allá en las márgenes del Nilo,
recuerdo vivo, asoma el cocodrilo.

Cual madre cariñosa
que, presintiendo de otro sér la vida,
apercibe afanosa
cuanto al reposo y al placer convida;
así, naturaleza
con diligente mano,
ya la morada á preparar empieza
para el huésped cercano;
apaga los volcanes
cuya luz le ofendiera;
de los raudos inquietos huracanes
amengua la carrera;
y, en sus antros ignotos,
encierra los terribles terremotos (7).
Con valladar de arena,
del mar soberbio la pujanza enfrena;
cuelga del árbol el añal tributo
de su sabroso fruto;
con incienso de flores
embalsama las brisas regaladas,
pajarillos cantores

pululan por las verdes enramadas
y, templando el ardor del seco estío,
llueve sobre las hojas el rocío.

En la espaciosa frente
la clara inteligencia por diadema,
feliz y sonriente,
del quebrajado seno
de la ancha esfera en la tardía calma,
brotó de vida lleno
un cuerpo hermoso atesorando un alma;
y en sus ojos rayó la luz primera
que iluminara al mundo,
contemplando con éxtasis fecundo
gentil cuanto amorosa compañera.
Las capas del plioceno
diéronle debatida sepultura
que acorde no está el sabio en si es figura
humana la que encierra aquel terreno.
Bien presto por la mísera existencia
comenzó el hombre la batalla ruda,
que aumenta con los siglos en vehemencia,
del porvenir ante la negra duda;
que hállanse, en formas raras,
hachas labradas por sus propias manos,

pregonando á las claras
que, nacidos á un tiempo,
el trabajo y el hombre son hermanos.

De entonces, sin notable sacudida
paso á paso siguió lenta la vida;
tan sólo un día, de recuerdo triste,
que en erráticos bloques está escrito,
para lavar el mundo de un delito,
Dios rompió el freno que á la mar resiste.
Las aguas se cernieron sobre el monte,
y, al arrastrar con ímpetu salvaje,
para que más á su Hacedor no afronte,
casi en conjunto el humanal linaje,
¡tanta hez en su curso recogieron,
que amargas á sus senos se volvieron!

Mas ya todo acabó; con nuevo brío
retoñó el árbol á cercén cortado,
volvió á hacer nido el pajarillo alado,
volvió á su cauce el abundoso río,
y, del sol á la luz y de la luna,
volvió el mar á mecerse en su ancha cuna.

Geología esplendente,
peana de la historia
que en tí fija la planta prepotente,
y recibe de tí blasón y gloria;
tu luz es la tan pura
que presidió del mundo el nacimiento,
y, en las ondas del viento,
dió un ósculo á su virgen hermosura.
Tuyo es el sacro fuego
que mantienen incógnitas Vestales
de la tierra en el centro, sin sosiego.

Ciencia nacida ayer, ya eres gigante;
para á tu arbitrio manejar la tierra
y remover cuanto su fondo encierra
heredaste los músculos de Atlante.
Hasta en Nerón el hombre has convertido;
pues, rasgando los senos de su madre,
sus entrañas has hecho que taladre
para ver el lugar donde ha nacido.
Tú miras otras ciencias de estos días
cómo al sol del saber raudas se elevan;
mas de improviso caen, porque llevan
alas de cera, débiles teorías.
Tú buscas en la muerte

caminos de verdad, y de esta suerte,
con firme planta, subes
por escalas de piedra, hasta las nubes.
  Colección tienes ordenada y rica
de fósiles y huellas naturales,
(medallas que ninguno falsifica),
tus teorías son fijas é inmortales,
que en mármoles se basan y en granitos;
tus antiguos anales
por el dedo de Dios están escritos.





EL RAYO

—

I

Como caballo salvaje,
saltando de nube en nube,
corre inquieto, baja y sube
sin frenos y sin rendaje;
tenido fué por mensaje
de celestiales enojos,
pues, lanzando dardos rojos,
el alto muro derrumba,
y abre inesperada tumba
á polvorientos despojos.

II

Caudillo de la tormenta
que agita los hondos mares,
tronza robles seculares
y al fuego voraz afrenta:
¿quién tomará por su cuenta
domeñar su furia brava?
¿quién del torrente de lava
pondrá dique á la carrera?
El hombre, el hombre á la fiera
convierte en dócil esclava.

III

Franklín, con el rayo en guerra,
en su empeño no decae,
y, encadenado, lo atrae
á los senos de la tierra;
ya con su lampo no aterra
la medrosa muchedumbre;
ya con fatídica lumbre
centelleando no corre;
ya no abate excelsa torre
ni perfora la techumbre.

IV

Pero es poco: el hombre quiere
mostrar su egregio blasón,
trocando la condición
del rayo, que mata ó hiere;
que ha de conseguirlo infiere
frente á frente ó de soslayo,
y, sin tregua ni desmayo,
tan ardua tarea empieza,
que se ha puesto en la cabeza
dar educación al rayo.

V

Ya por hilos conductores
le dirige con cariño,
como al inseguro niño
que camina entre andadores;
tras luchas y sinsabores,
tal enseñanza recibe,
tanto por él se desvive,
y sus facultades labra,
que transmite la palabra,
y, andando el tiempo, la escribe.

VI

Pero es poco: ya triunfante
fijó la indecisa luz
que, con signo de la cruz,
saludaba el caminante;
ya la luna vergonzante
casi á salir no se atreve,
y, con pena que conmueve,
le contemplan desmedradas,
esas luces decantadas
del gran siglo diez y nueve.

VII

Pero es poco: de los mares
rugientes, al otro lado,
la ambición ha transportado
parte de los patrios lares;
los europeos hogares
enciende con fuego indiano,
y, hendiendo del Océano
el abismo bullidor,
nos repite con amor
el saludo del hermano.

VIII

Él convierte en fuerza viva,
y con buen éxito explota,
la fuerza que, por remota,
permaneciera inactiva;
en los alambres cautiva,
es á otros puntos llevada,
y, la soberbia cascada,
de antes indolente arrullo,
murmura con noble orgullo
al sentirse utilizada.

IX

Hoy, si abate el muro fuerte,
si, rompiendo pétreos lazos,
arroja un monte en pedazos,
libra al hombre de la muerte:
en su auxilio se convierte
sin miedo que se desmande,
que aunque su energía es grande,
la acción prudente retarda,
y, esclavo sumiso, aguarda
que su dueño se lo mande.

X

Él, que un tiempo la avanzada
fué de la tormenta ruda,
hoy con su poder escuda
la cosecha amenazada [8];
con índole transformada,
contempladle á todas horas
como en ansias protectoras
siempre en vela se mantiene,
y grita « la nube viene »
á las barcas pescadoras.

XI

Si en un día, no lejano,
fuiste fatal atributo,
precursor de infausto luto
de Júpiter en la mano,
sujeto al imperio humano,
has sufrido tal mudanza,
que ya no eres la venganza
que sepulta en los avernos:
para los pueblos modernos
eres lazo de alïanza.

XII

Rayo que hiendes las olas,
pase tu chispa que inspira
por las cuerdas de mi lira,
y vibrarán por sí solas;
crezca en tierras españolas
tu venidera importancia,
yo cantaré tu arrogancia
y fuerza avasalladora,
que lo que he cantado ahora
es *la historia de tu infancia.*





GLORIAS EFÍMERAS

DEL ARTISTA DRAMÁTICO[a]

e fia con l'opre eterno anche il mio amore.
M. BUONARROTTI (*Son.* XXXIX).

ODA

De Paros en la pródiga cantera
arranca Fidias un informe bloque,
y, del cincel al choque,
va, con mano certera,
labrando blanca estatua portentosa,
en el cielo del arte estrella hermosa.

a Leyóse en la velada á la eminente actriz Virginia Marini.

Cuando la Parca aviesa,
que en romper lo vivaz encuentra goce,
torna al artista en fúnebre pavesa,
viendo el prodigio, cesa
un momento en su bárbara porfía:
á las claras conoce
que en el mármol su filo mellaría,
y, merced á su obra,
eterna vida el escultor recobra.

Cual de náufrago el cuerpo mutilado
que el mar depone en la arenosa playa
á saber quién fué el mísero conduce,
restos que el mar de Grecia ha vomitado,
aun hoy modelos de la ciencia gaya
que su armónica forma reproduce,
nos revelan de Safo la existencia,
y de su amor la cálida vehemencia.

Homero vagabundo,
en la mente la luz de su mirada,
llena con sus Iliada
y Odisea los ámbitos del mundo;
inhumado el cantor, el orbe entero
al palpitar va repitiendo *Homero*.

Rivales Miguel Angel y Bramante,
á quienes nada arredra,
juntos alzan en Roma la triunfante
un poema de piedra;
y bajo de sus cúpulas y arcadas
hoy vagan sus dos sombras veneradas.

Pone Murillo entre su cielo y tierra
la atmósfera indecisa,
la belleza divisa
que el alto empíreo encierra,
y, mojando en el iris los pinceles,
renombre alcanza de moderno Apeles;
al acabar de su fecunda vida,
cual parte de su sér sus obras deja,
ni toda su materia es desprendida,
ni del todo su espíritu se aleja.

Del Quijote las varias ediciones
antiguas y modernas,
formaran á la estatua de Cervantes
pedestal de titáneas dimensiones;
de Egipto las pirámides gigantes
más altas podrán ser, no más eternas.

Haydn, Mozart, Beethoven,
vuestras célicas notas peregrinas
no temáis que los tiempos nunca os roben;
por ellas viviréis perennemente,
que cual raudas aladas golondrinas
vuelan de mente en mente
y hacen vuestro recuerdo siempre joven.

Prerrogativa inmensa del más fuerte:
el Ingenio hace escarnio de la Muerte;
cual los héroes antiguos, su figura
va creciendo en la negra sepultura;
su aliento soberano
á través de los siglos se percibe;
del ágil tiempo la invisible mano
borrar cuanto produjo intenta en vano,
en fácil copia nuevo sér recibe
y el autor á sus obras sobrevive.

Si una flor ha aromado la existencia
de escultores, poetas y pintores,
con mágica influencia,
al descender á la mortuoria tumba,
le comunican su inmortal esencia;
en mármoles, en letras y en colores
le transfieren la vida de ultratumba.

Pues su belleza reflejó divina,
vivirá con Rafael la Fornarina.
De Friné la hetaira, Praxiteles
dice á los siglos la belleza suma,
con clásicos cinceles,
en su Venus saliendo de la espuma;
no es poderosa la terrible Parca
para anular el mágico amuleto:
Beatriz y Laura, de su amor objeto,
durarán cuanto el Dante y el Petrarca.

Mas ¡cuán otra la suerte
del dramático artista!
Las pasiones más sórdidas traduce,
en estatua animada se convierte,
los héroes de la historia reproduce,
y, cuando el lauro popular conquista,
lo torna polvo inerte
el ponzoñoso aliento de la Muerte.
¡Qué de Roscio nos queda
que á Plauto y á Terencio dió la gloria!
¡Qué sabio habrá que pueda,
por ímprobos que sean sus afanes,
revelarnos su voz, sus ademanes!
Sólo se hace memoria

de su pródiga mano y sus riquezas;
sólo mienta la historia
sus caras gastronómicas rarezas;
si Cicerón en su favor no hablara
quizá de su existencia se dudara.
¡Qué se sabe de Kean, el saltabanco,
en el papel de Shylock, tan famoso!
¡qué de Talma glorioso
que el grande Napoleón colmó de honores!
Vivieron ¡ay! la vida de las flores:
abrirse, dar recreo á los sentidos,
perfumar el ambiente,
y morir tristemente
hoy olvidados cuanto ayer queridos;
sólo en Shakspeare se admira
el vario son de su humanada lira;
del español actor Lope de Rueda
huyó el decir, sólo la farsa queda.
¡Quién que aplauda la pléyade brillante
que Italia cariñosa nos envía,
se acuerda ni siquiera breve instante
de Módena, el insigne comediante
que lególes su sabia maestría!
Máiquez, Guzmán, Latorre,
ídolos de la hispana muchedumbre,

todos caisteis cual soberbia torre
que se rinde á su propia pesadumbre.
Cayó como la piedra en la laguna
también el gran Romea,
que del arte moderno fué la cuna;
hoy aun guardamos indecisa idea,
las edades futuras
se perderán en vagas conjeturas;
y van con lento paso
caminando al ocaso
con Valero, Matilde y la Teodora,
cuya luz no extinguida,
mas vacilante ya, la patria llora,
pues comprende angustiada
que en la tragicomedia de la vida
ya representan la postrer jornada.
¡Qué resta, pues, del más egregio artista,
la muerte al ocultarlo á nuestra vista!
un epitafio en polvorienta losa
que nos dice, á lo más, « aquí reposa. »

Pensad por un momento, qué amargura,
si, por ley de natura
ó por humana ley siempre acatada,
al morir la criatura

arrastrara sus obras á la obscura
mansión inescrutable de la nada;
y los cuadros de Vinci, de Ticiano,
de Coello, Velázquez, Juan de Juanes;
los trazos que formó la experta mano
de los Vandyks, Riberas, Zurbaranes;
la Eneida, la Iliada,
de Klópstock la Mesiada,
los poemas de Osián, de Palestrina
los seráficos sones,
la Capilla Sixtina,
las árabes labradas construcciones,
de San Pedro la cúpula gigante,
y la Venus de Milo,
y el templo de Karnak cercano al Nilo,
y el Escorial macizo y arrogante,
con de quien los creó yertos despojos,
ocultado se habrían á los ojos.

Aciaga desventura
al actor acaece,
todo con él fenece,
breve pasto de hambrienta sepultura;
muere el artista al acabar el hombre
y apenas queda rastro de su nombre.

Hoy que la Ciencia lo pasado exhuma,
que los arcanos de la mar revuelve,
que segura resuelve
los más arduos problemas con la pluma,
que fija el rayo, y con audacia suma
rasga los velos en que el sol se envuelve,
¿ha de sufrir la vergonzosa mengua
de ver que ante sus ojos lo presente
se desvanece como sombra vana?
¿juzgaráse impotente
para lograr que el hoy tenga un mañana?

¡Quién sabe! Ya el fotógrafo
fija las estatuarias actitudes
del dramático artista;
presto quizá el fonógrafo,
que á balbucir empieza,
recoja los acentos
de sus dulces y airados sentimientos;
quizá no tarde la incansable Ciencia
con invento asombroso
en prolongar su efímera existencia,
y aquel que de Melpómene ó Talía
al culto se consagra generoso,
si con fulgor de prepotente genio

iluminó el proscenio,
vencerá de la Muerte la porfía;
huésped eterno de futura gente,
con rasgos propios trazará su historia,
y la corona ceñirá esplendente,
de inmarcesible gloria,
hoy sólo de pasada, por su frente.

20 de Octubre de 1880.





Á LA LOCOMOTORA

(ODA)

Watt, Stéphenson, Crámpton, yo os conjuro;
en premio á vuestro infatigable anhelo,
dejad un punto el inmortal seguro,
pisad de nuevo la región del suelo;
y, al contemplar con ávida mirada,
de metálicas venas
su faz rugosa, por doquier surcada,
gozaréis mayor dicha que en el cielo.

La que sembrasteis válida semilla
no se aventó cual parva de las eras,
en hoya vino á germinar profunda;
hoy es árbol que brota á maravilla,
y que, como las líbicas palmeras,
á través de los aires se fecunda.

Esa serpiente férrea y anillosa,
que en la cabeza el corazón ostenta;
que, inquieta y animosa,
en su carrera al huracán afrenta,
impávida como él, como él ruidosa,
de vuestra mente es singular hechura:
hipógrifo sin alas,
viene á mostraros sus crecientes galas,
su espléndido poder y su bravura.
¡Quién os dijera en los aciagos años
de sórdida miseria,
cuando bebíais hiel de desengaños,
vuestro genio al luchar con vil materia,
que aquel rudo naciente mecanismo,
objeto de irrisión y de sarcasmo,
ya en vuestro siglo mismo,
en que hasta hay luces que proyectan sombra,
despertara en el vulgo intenso pasmo
y del hombre de ciencia el entusiasmo!

Tal como el padre que en la cuna deja
al vástago infeliz, y á extraño clima,
para labrar su porvenir, se aleja,
al regresar, con gozo
por haber dado á su proyecto cima,

contempla al niño convertido en mozo,
y duda breve instante,
al ver las sombras del negruzco bozo,
si es aquel hombre el que dejara infante,
así miráis con lógica extrañeza
á la que os debe fulgurante vida;
su, en apariencia, indómita fiereza
la efusión grata del amor no impida;
vuestra es la savia que en su seno anida
y son vuestras su gloria y su grandeza.

Miradla con placer, con noble orgullo,
ved cual su pecho jubiloso late,
ved cual relincha en gárrulo murmullo,
como corcel ganoso de combate.
No la atajan altísimas fronteras,
que, á contracurso remontando el río,
el silboso Pirene, el Alpe frío,
atraviesa en urdidas madrigueras.
Pasa sobre los *polders* de la Holanda,
como sobre las aguas del diluvio;
se enfría de la nieve en los cristales;
se caldea en los rojos arenales;
por entre abismos pedregosos anda,
y á las bocas se asoma del Vesubio.

Recorre audaz la cordillera enhiesta;
esquiva la corriente submarina,
bajo el piélago abriendo
impermeable mina;
elude la vorágine funesta,
sobre tornátil puente que rechina;
se solaza en la plácida floresta,
y en la falda del monte se reclina.
Vedla el túnel dejar de corvo techo,
oculta en vaporosas espirales,
cual virgen negra que, al salir del lecho,
se envuelve en sus blanquísimos cendales;
con profusión abona
los campos en la plétora esquilmados:
transporta en peso desde zona á zona
los pueblos mal hallados,
y las fuentes vitales eslabona.

Imagen de la bíblica serpiente
que, de dulces promesas al hechizo,
gustar la fruta á nuestros padres hizo,
que pendía del árbol omnisciente;
nos ofrece afanosa,
de Guttenberg por hábil artificio
en el blanco papel reproducida,

la fruta provechosa,
del saber en los campos recogida.

Cual paloma del Arca
es anuncio de paz; su hogar ardiente
do la tea incendiaria se consume,
las razas va fundiendo lentamente;
hace, de polo á polo,
del orbe entero una ciudad tan sólo;
entierra con cariño
el cadáver del mísero expatriado,
so el árbol do jugara cuando niño;
uniforma el color del rostro humano;
arrulla al mismo son del indio el sueño
y del rudo africano
que, dormidos, arrastra juntamente;
el filo embota de sangrienta Parca;
del libre esclavo con los hierros viles
fabrica sus carriles;
y en todo cuanto su poder abarca
germen de amor desarrollar se siente.

Si, subyugada por la fuerza bruta,
cual caballo de Troya, en sus entrañas
transporta á veces invasora hueste,

vedla, por otra ruta,
hendiendo sigilosa las montañas,
conducir anhelante,
para hacer frente al enemigo artero,
el carro y el caballo y caballero.

Atrás dejando blanquecina estela,
cual nave de los mares del espacio
que al fuego echó la perezosa vela,
por doquiera que va vierte los dones
con que nos brinda próvida natura;
ya llevando á las cálidas regiones
las frutas que requieren la frescura,
ya, á las tierras heladas,
las del sol por los rayos sazonadas.

Es del Comercio mensajera activa,
de acopio signo, de riqueza augurio;
con perpetuo vaivén de lanzadera,
en este siglo de la fuerza viva,
sustituye al alípede Mercurio.

Del Egipto fué símbolo la Muerte,
gastó en su culto la existencia entera;
hoy con tenaz aliento,

norma tomando de la térrea esfera,
el hombre la consagra al movimiento.

Por eso admira y entusiasta adora,
realización de su ideal quimera,
la audaz locomotora
que, en rápida carrera,
los espacios famélica devora,
y va, con sus silbidos,
despertando los pueblos adormidos.

Por eso os rinde sin igual tributo,
¡ oh seres ! que en la tierra
días pasasteis de amargoso luto,
de insólito desvelo,
con lo arraigado, en trabajosa guerra,
y que, al dejar el miserable suelo,
tan sólo visteis verdear el fruto.
Miradlo ya en sazón; pueblos viriles
se nutren de su pródigo sustento:
los yermos torna mágicos pensiles;
Ceres moderna, va sembrando á miles
los prolíficos granos del fomento.

¡ Cuán brava ante los ojos se aparece!
Férrea coraza la recubre entera,
cual paladín que, con ardiente llama,
por su patria luchaba y por su dama;
el más leve reposo la enardece;
chispazos de la lumbre en que se inflama
despide, resoplando como fiera,
y el viento vago, con orgullo, mece
el vaporoso airón de su cimera.

¿ Oís ? La hora sonó de la partida,
ved cual se lanza con febril exceso;
¡ gloria á los genios que te dieron vida !
¡ plaza, plaza al *caballo del progreso !*





UN SECRETO DE LAS FLORES

Es cosa averiguada,
por dos naturalistas comprobada,
que influyen los colores
en el aroma de las gayas flores.
Con germana paciencia,
á término han llevado la experiencia,
sometiendo al ensayo
cuantas tributan el Abril y el Mayo,
quedando, según reza la Memoria,
á favor de las blancas la victoria;
y no así como así, ventaja y mucha
es la alcanzada en la florida lucha.
Les siguen luego las de tintas rojas,
las que amarillo tienen en las hojas,

las violeta, las pardo-anaranjado,
y cierran las azules el estado.

Bien hayas ¡oh blancura!
anidadora de la esencia pura;
no era precisa, no, la voz del sabio
para mover en tu loor el labio:
que nada afirma la preclara ciencia
que no esté ya grabado en la conciencia;
de blanco la natura soberana
sus hijos predilectos engalana,
y hasta la fantasía, cuando crea,
de blanco viste la naciente idea.

Blanca es la virgen nieve
que, en los comienzos, el arroyo bebe;
blancas las perlas que la fresca aurora
al despertar, sobre los campos, llora;
blanca del agua la rizosa espuma;
blanca del cisne la luciente pluma;
blanca la leche que alimenta al niño,
y son blancas las pieles del armiño.

Blanco el vellón que la paciente oveja
entre las zarzas del camino deja;
blanca la láctea vía;

blanco el maná que sobre Israel llovía;
candoroso el ensueño de la cuna;
blanco es el rayo de la tibia luna;
blanco el mármol de helénica belleza,
y blanca del anciano la cabeza.

Blanco el incienso que á los aires sube;
blancas pintan las alas del querube;
blancas son la inocencia y la alegría;
blanca la fe que entre las sombras guía;
blanco es el lirio, de pureza emblema;
es blanca de la virgen la diadema;
y, según dicen, es el blanco velo
traje de recepción allá en el cielo.

El rosa y el azul, pese al poeta,
son blancura incompleta;
que es el blanco la suma de colores
que miramos dispersos en las flores,
ó se ofrecen hermosos
del iris en los rayos luminosos,
cuando la lluvia misma
hace las veces de gigante prisma.

Bien hayas ¡oh blancura! Tú asumes
colores y perfumes;
armonioso conjunto,
de la eterna Unidad débil trasunto;
recreo del sentido
que en tí encuentra placer no dividido;
antes que el fallo pronunciara el sabio,
ya el corazón lo transmitía al labio,
que nada afirma la preclara ciencia
que no haya anticipado la conciencia.





AL POLO ÁRTICO

ODA

¡ Do estás ! ¡ Por qué te ocultas
con pertinacia tanta,
y en sudarios de hielo te sepultas,
que dique ponen á la humana planta !
¡ Acaso al descubierto en tí se apoya
el sabio mecanismo,
labrado por la mano de Dios mismo,
al que imprimió perpetuo movimiento
un leve soplo de su puro aliento!
¡Eres, por suerte, diamantina joya
con que remata el eje de la tierra,
y temes que, en su ardiente afán de robo,
sobre tí caiga el hombre, como lobo
que á la presa se aferra !

¡ Surge en tu faz algún volcán de nieve,
que, arrojando glacial lava copiosa,
al nauta que á tus ámbitos se atreve
cubre con fría losa!
¡ Recelas por ventura
que la Industria, incitada por la Ciencia,
aproveche tan rara coyuntura
de mostrar su titánica potencia,
forjando recio cable
que á tí sujete la movible esfera,
y, en el hondo misterio
de la noche sombría,
sepulto un hemisferio,
la clara luz de prolongado día
brille en el otro con potente imperio!
ó, que aplicando fuerza incontrastable
al eje de la tierra,
la remueva en su asiento,
de su faz despidiendo cuanto encierra;
cuanto por sus arrugas peregrina,
cuanto, al impulso del solar aliento,
vigoroso germina;
cual con forzuda mano
el labriego sacude,
para que suelte el nutritivo grano,

el duro tronco de la añosa encina!
  No, no temas; el hombre,
que encontrarte desea, sólo clama
por escribir su nombre
en un muro del templo de la Fama.
Permítele llegar; deja que vea
las irisadas tintas caprichosas,
y las fiestas hermosas
que celebra en tu honor la luz febea;
déjale ver los témpanos flotantes,
puntiagudos gigantes
que, ansiosos de llegar en tiempo breve,
resbalan azorados por la nieve;
columnas que en su seno el mar abisma,
que tienen de la roca la dureza,
de la nube fugaz la ligereza,
la refracción del prisma;
déjale ver do anidan esas aves,
que, blancas, inocentes y ligeras,
salen siempre al encuentro de las naves,
creyéndolas aladas compañeras;
que vea cómo enérgicas su broche
rompen, tras meses de enlutada noche,
esas flores enanas,
que tienen por hermanas

las que sufren también glacial oreo
en las cumbres del Alpe y Pirineo;
tus auroras boreales celebradas,
donde bullen reunidas
las luces divididas
de nuestras cotidianas alboradas;
el falso luminar que en noche obscura
disipa de las sombras el beleño,
y aparece radiante de hermosura
como imagen fantástica de un sueño;
tus eléctricas lluvias que descienden
pausadas á la tierra que las llama,
que el aire vago con su lumbre encienden
mas sin que cuajen su terrible flama
en rayo centellante
que, ciego y deslumbrante,
en nosotros la muerte desparrama.
Déjale ver la misteriosa cita
que el brillo tenue de la clara aurora
da á la luz del ocaso moribundo,
á la que ambos acuden á deshora,
con belleza infinita,
y en que se besan con amor profundo;
tu noche que se alarga y que se acorta,
cual sombra gigantea

que al fulgor de la tea
contempla un niño con mirada absorta;
esos diversos soles
que, cual reyes en guerra,
con corona y con manto de arreboles,
pretenden todos alumbrar la tierra;
enséñale si es cierto
que hay un lazo de unión entre tus mares,
ó dile que no existe claramente,
que él, con brazo potente
ahöndando en los témpanos polares,
un canal abrirá, como el que ha abierto
en las rojas arenas del desierto.
Dile do están las útiles ballenas
que, en pos de las ritinas y narvales,
abandonaron de Spitzberg las rocas,
huyendo los arpones criminales;
dónde las pardas focas
que, por sus voces de ternura llenas,
tomara el argonauta por sirenas,
y hoy en tus playas á solaz se tienden,
do incautas las sorprenden
cual sátiros los rudos esquimales.
Dile do arranca la encubierta vía
buscada en vano por el frágil leño

que á tus sólidas aguas se confía;
y si el mar libre que con tanto empeño
Belcher perjura descubriera él mismo (9),
fué de su mente fugitivo ensueño
ó engañosa visión del espejismo.

Cesa ya de oponer á su bravura,
como piedras de celta monumento,
cual trozos de vetustas catedrales,
heridores carámbanos glaciales,
que, navegando al ímpetu del viento,
le dan, al par que muerte, sepultura:
ríndete al ver los ínclitos varones,
los sabios y esforzados campeones
que han sucumbido al pie de tu muralla,
cual fuertes escuadrones
que, en desigual batalla,
salvar intentan gigantesca valla.

«No hay más allá,» decían
las antiguas columnas, que existían
en el estrecho hercúleo;
«no hay más allá,» falaces repetían,
señalando el inmenso mar cerúleo.
Colón, con sólo el aire de las velas

de sus raudas famosas carabelas,
derribó las columnas seculares,
y, con pasmo profundo,
hizo brotar un mundo
de la rizosa espalda de los mares.
¡Quién sabe si, en un día no lejano,
las del polo mortíferas barreras
caerán del hombre á la industriosa mano,
que ha dado realidad á las quimeras!
¡Quién sabe si, con rumbo ya seguro,
salvará en globo el invencible muro!
¡Quién sabe si, por premio á tanto arrojo,
y en pos de tanto sufrimiento y luto,
el mar de hielo cruzará á pie enjuto
como el pueblo de Dios cruzó el Mar Rojo;
y, teniendo cual él segura egida,
seguirá con sosiego
de aurora boreal el vivo fuego,
que le lleve á la tierra prometida.

Y tú, mortal dichoso,
que del Polo has de ser Colón glorioso,
si alientas ya, si escuchas el murmurio
lejano de la fama
que anhelosa hacia tí las alas bate,

si el corazón te late,
como infalible augurio,
al fuego sacro de la heroica llama,
ven, y quedo al oído
pronúnciame tu nombre,
hoy obscuro, mañana esclarecido,
que mi pobre poesía
al propalarlo asombre,
ufana con el don de profecía:
mi mente arrebatada
te imagina ya al fin de la jornada,
cuando tu pie de atleta,
tras lucha denodada,
huelle triunfante la escondida meta.
De tu alta gloria al esplendente rayo,
fundiránse de hielo las montañas,
cayendo con desmayo
de la mar en las líquidas entrañas.
Inmóvil tú en el eje,
en torno tuyo girará la tierra,
cual el coro de ninfas danza teje
en torno al Dios que terminó la guerra;
sin fuerza ya para causar estrago,
flotarán por la undosa superficie
nevados copos con gentil molicie,

cual blancos cisnes en tranquilo lago.
  Colosales ballenas
asomarán en grupos seductores,
y al aire lanzarán, de asombro llenas,
copiosos y variados surtidores.
  Contemplarán los ojos,
á tus pies, en graciales ataúdes
labrados en gigánticos aludes,
de Franklín y otros nautas los despojos;
descarnado y escueto,
alzaráse de Hall el esqueleto,
y de su mano pasará á tu mano
la gloriosa bandera (10),
que, según vera crónica nos dice,
en nombre de su patria recibiera,
cuando lanzóse al férvido Oceano;
bandera que en cien mares desplegada,
y por brisas australes agitada,
sirvióle de sudario
al hallar ¡infelice!
en un monte de nieve su calvario.
  Por corrientes marinas removidos,
caerán con roncos retumbantes sones,
imitando el tronar de los cañones,
los témpanos erguidos.

Del cielo las erráticas estrellas
se entregarán á misteriosa danza,
la blanca nieve guardará tus huellas,
y del sepulto sol las luces bellas
asomarán, por verte, en lontananza.
Bandadas de palomas mensajeras,
por caminos radiales,
el ancho espacio cruzarán ligeras,
para llevar las nuevas lisonjeras
á sus tierras natales.
En homenaje las abiertas flores,
y las plantas balsámicas de suyo,
perfumarán el virginal ambiente,
y lanzarán vivísimos fulgores
la *Aurora Boreal* en torno tuyo
y la *Estrella Polar* sobre tu frente.



NOTAS

(1) El prólogo del sabio catedrático D. J. R. Carracido reemplaza con ventaja la nota primera que en explicación del nuevo género figuraba en las anteriores ediciones: me limitaré á decir que no es resurrección del didacticismo, pues, lejos de enseñar, presupone el completo conocimiento del asunto y hasta de las varias hipótesis científicas, de las cuales acepta con preferencia las de más expresiva condición poética, como puede comprobarse en la *Oda á la Geología:* así me consta que lo ha entendido el erudito profesor de Literatura de la Universidad Central Sr. Sánchez Moguel, á quien agradezco las citas que en cátedra ha hecho de mis modestas composiciones al explicar el género á que pertenecen.

(2) La creación universal no acaba al aparecer la más perfecta de las criaturas, siendo la teoría de las causas actuales la hoy predominante en Geogenia.

(3) Crookes, el célebre inventor del radiómetro, ha demostrado experimentalmente la existencia de un cuarto estado ó tipo de la materia, además de los sólido, líquido y gaseoso, estado en que, cercano al no ser, desarrolla prodigiosas facultades.

(4) Sea que sólo se hayan presentado á nuestra vista merced á perfeccionados instrumentos ópticos, sea que al desaparecer la fauna gigantesca llenen su vacío los seres microscópicos, es lo cierto que hoy innovan el reino mineral é influyen poderosamente en el vegetal y el animal; en las regiones sociales también son los *microbios* los predominantes.

(5) No existiendo cuerpos analéctricos, según ya demostró Gray en el pasado siglo corrigiendo las teorías de Gilbert, y siendo por tanto todos los cuerpos más ó menos electrizables, es posible que influyan en nuestro organismo las corrientes telúricas cuya varia dirección y falta de correspondencia con los paralelos la brújula nos acusa. No dudo que andando el tiempo constituirán un precioso elemento histórico, y su estudio será la clave de las dislocaciones y períodos álgidos de civilización que hoy no nos explicamos.

(6) Partiendo de hipótesis se ha dado cima á la solución de los más grandes problemas, y así Kepler encontró sus famosas leyes, Leverrier su planeta, " ningún problema importante „ dice mi sabio compañero D. Eduardo Saavedra, en uno de sus discursos de recepción " se resuelve, ninguna ley natural se formula sin que la imaginación anticipe las soluciones que confirma y demuestra el raciocinio, porque en la ciencia existe esa doble actividad consciente é inconsciente que Schlegel concreta tan solamente á las artes. „

(7) La dinámica actual exógena y endógena es de escaso vigor en relación con la antigua, aun cuando dista de ser completamente nula.

(8) Hace referencia al desarrollo de la clorofila y de la celulosa por medio de la luz eléctrica, y á los aparatos que, como el del General Ruggles, facilitan ó provocan la lluvia.

(9) El Almirante Eduardo Belcher, al regresar de su malhadada expedición en busca de Franklín, aseguró que había divisado el mar libre.

(10) Grinnell, el infatigable organizador de expediciones polares, entregó á Hall la bandera que Wilkes había llevado en 1838 á las regiones australes, y Haven, Kane y Hayes desplegaron en las boreales. " Llevadla — le dijo — al polo Norte y devolvédnosla antes del venidero Octubre. „ — Hall murió en 8 de Diciembre de 1871, sin haber podido cumplir su cometido.



PRECIO DE ESTE TOMO, UNA peseta.

OTRAS OBRAS LITERARIAS DEL MISMO AUTOR

CANTARES, con prólogo de D. Manuel Cañete y artículos críticos de M. Antoine de Latour, D. José Selgas y D. Benito Pérez Galdós. — Quinta edición (en prensa).

NUEVOS CANTARES. — Segunda edición, **una peseta**.

DESDE BELÉN AL CALVARIO (agotada).

Traducción del poema LA ATLÁNTIDA, de Mosen Jacinto Verdaguer, edición de lujo, con el original catalán. **Cuatro pesetas**.

Traducción del drama histórico BATALLA DE REINAS, premiado por la Real Academia Española. **Dos pesetas.**

ACONTECIMIENTOS LITERARIOS DEL AÑO 1888. Estudios críticos y apuntes bibliográficos. **Dos pesetas**.

EN PUBLICACIÓN

ACONTECIMIENTOS LITERARIOS DEL AÑO 1889. — Por cuadernos, á **media peseta** uno.

Pedidos al autor, CALLE DE VELÁZQUEZ, NÚM. 30, BAJO, MADRID, ó á los Sres. Gutiérrez y Compañía, editores, CORREDERA BAJA, 27, TERCERO, MADRID.

En venta en todas las librerías acreditadas.